
EL IMAGINARIO DE LA CONQUISTA:
FELIPE PÉREZ Y LA NOVELA HISTÓRICA

EL IMAGINARIO DE LA CONQUISTA:
FELIPE PÉREZ Y LA NOVELA HISTÓRICA

Carmen Elisa Acosta Peñaloza



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Sede Bogotá

Facultad de Ciencias Humanas • Departamento de Literatura

- Victor Manuel Moncayo Cruz: *Rector General*
Leopoldo Múnera Ruiz: *Vicerrector de Sede*
Carlos Cortés Amador: *Director Académico*
David Cuéllar Gálvez: *Decano Facultad de Agronomía*
Carlos Alberto Torres Tovar: *Decano Facultad de Artes*
Juan Manuel Tejeiro Sarmiento: *Decano Facultad de Ciencias*
Carlos Homero Cuevas Triana: *Decano Facultad de Ciencias Económicas*
Carlos Miguel Ortiz Sarmiento: *Decano Facultad de Ciencias Humanas*
Jairo Iván Peña Ayazo: *Decano Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales*
Irene Esguerra Velandía: *Decana Facultad de Enfermería*
Jaime Salazar Contreras: *Decano Facultad de Ingeniería*
Rodrigo Díaz Llano: *Decano Facultad de Medicina*
Nohora Martínez Rueda: *Decana Facultad de Medicina Veterinaria
y Zootecnia*
Jorge Armando González Salas: *Decano Facultad de Odontología*
Dolly Montoya Castaño: *Directora Instituto de Biotecnología, IBUN*
Fabio López de la Roche: *Director Instituto de Estudios
en Comunicación, IECÒ*
Victor Julio Vera Alfonso: *Director Instituto de Genética*
Isaías Díaz Forero: *Director Instituto de Ciencia y Tecnología
de Alimentos, ICTA*
Germán Eugenio Márquez Calle: *Director Instituto de Estudios Ambientales, IDEA*
William Ramírez Tobón: *Director Instituto de Estudios Políticos
y Relaciones Internacionales, IEPRI*

El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica

© Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá

© Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Primera edición, noviembre de 2002

ISBN Colección 958-701-131-7

ISBN 958-701-245-3

Editora de la colección: Martha Echeverri Perico

Coordinación, revisión de estilo y preparación editorial: Editorial El Malpensante S.A.

Revisión final: Luis Fernando García Núñez

Diseño de carátula: John Naranjo [sobre un esquema de Camilo Umaña Caro]

Diseño y diagramación: Claudia Bedoya, Editorial El Malpensante S.A.

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

A Ricardo e Irene

PRÓLOGO

1. *La literatura en la formación y desarrollo de la nacionalidad*

Durante el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez se declaró, hacia el año 1858, la Confederación Neogranadina en una suerte de consenso político sobre el federalismo. Hacía tan sólo una década que se habían constituido formalmente los partidos políticos conservador y liberal y dos décadas más atrás producido la disolución de la Gran Colombia. La pregunta por el destino de la sociedad nuevamente conformada fue la preocupación generalizada de los grupos dirigentes, los que de alguna manera se consideraban responsables del destino de la nueva nación.

Muy joven, con tan sólo veintidós años Felipe Pérez concluía por aquella época la publicación de cuatro novelas consecutivas sobre el pasado incaico y de conquista española del Perú. Sólo dos años atrás habían aparecido por entregas, en la prensa, sus novelas *Huayna Capac* y *Atahualpa*, un año después *Los Pizarros* y por último *Jilma*. Por medio de la literatura, al igual que varios de sus contemporáneos, buscaba elaborar una propuesta sobre el pasado que contribuyera a la consolidación del espíritu nacional. La literatura, además de entretenimiento, se convirtió en una forma de proponer una mirada sobre los problemas que aquejaron el presente y tuvo que ver entonces con la política.

La publicación de las novelas no fue la primera participación de Pérez en la vida pública. En 1852 había servido como secretario de la legación de la Nueva Granada que visitó el Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, de la cual fue jefe Manuel Ancizar. Por su parte, a los diecisiete años desempeñó el cargo público de gobernador de la Provincia de Zipaquirá y en el año siguiente, 1854, luchó en varias batallas contra la dictadura del general Melo.

A Enrique Pérez, uno de sus descendientes, se debe la biografía más completa de su vida. Afirma que Felipe Pérez nació el 8 de septiembre de 1836 en Sotaquirá, un pequeño pueblo del departamento de Boyacá¹. Era hijo de una modesta familia campesina. Se dice que a los 14 años escribió sus primeros versos e hizo sus estudios secundarios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y que a los 16 recibió el grado de doctor en Derecho en el Colegio del Espíritu Santo.

Su carrera política y administrativa fue permanente. Ya en 1861 el escritor fue procurador del Estado de Cundinamarca. Al año siguiente asistió a la Asamblea Constituyente del Estado de Boyacá y se desempeñó como subsecretario de Hacienda y de Tesoro. Durante 1864 y 1865 viajó a Estados Unidos y a Europa, época que relató detalladamente en su hermoso libro *Episodios de un viaje*. En 1866 y 1867 trabajó como rector del Colegio de Pérez Hermanos, actividad que desarrolló en compañía de sus familiares, entre ellos Santiago, que se distinguiría años después como Presidente de la República. Además Felipe fue elegido presidente del Estado de Boyacá en 1869 y ejerció ese cargo por dos años, al cabo de los cuales fue derrocado por una revolución local. Luego de organizar un pequeño ejército, combatió y se restableció en el poder. Como resultado de sus acciones militares, el Congreso lo nombró general de la República. Pero una vez recuperado su legítimo puesto, Pérez renunció. En 1872, fue elegido senador y presidente del Congreso. En 1876, de regreso a sus actividades de educador, trabajó como catedrático de Historia Patria en la Universidad Nacional y en 1881 en la misma universidad dictó los cursos de Sociología y Estética. En 1877 laboró como secretario de Guerra y Marina y combatió en la revolución, desencadenada ese mismo año en defensa de la soberanía de los Estados. Dos años más tarde fue elegido primer designado para la presidencia de los Estados Unidos de Colombia. En la revolución de 1885 sirvió de jefe de Estado Mayor del Ejército, y como consecuencia de la derrota de su partido fue desterrado. Felipe Pérez murió, afirman que arrollado por un coche, en Bogotá en 1891.

1. La biografía de Felipe Pérez ha sido reconstruida con información de Enrique Pérez, *Vida de Felipe Pérez*, Imprenta de La Luz, Bogotá, 1911 y Donald Mc Grady, *La novela histórica en Colombia (1844-1959)*, Ed. Kelly, Bogotá, s.f.

Al tiempo que llevó esta activa vida política, Felipe Pérez consolidó una seria actividad en el campo de la educación y de la escritura, lo cual fue característico en esta época en la formación del intelectual latinoamericano del siglo XIX. En 1853, a la edad de 17 años, escribió un *Análisis político, social y económico de la República del Ecuador*. Entre 1856 y 1858 publicó las cuatro novelas históricas a las que se refiere este trabajo, *Huayna Capac*, *Atahualpa*, *Los Pizarros* y *Jilma*.

En 1855 se encargó de la redacción del periódico *El Tiempo*. En 1858 fundó *La Biblioteca de Señoritas*, donde publicó varios artículos de costumbres como “Los viajeros en Suramérica”, “Quién tiene la culpa”, “Observaciones críticas”, algunos estudios de lingüística como “Fe de erratas”, una especie de diccionario biográfico de escritores y hombres célebres como Eugenio Sué, el Conde de Cagliostro, Miguel Ángel, William Shakespeare, Lope de Vega, Pico de la Mirandola, fray Luis de León, el duque de Alba, además de una serie de artículos sobre historia de la música que tradujo del inglés. Durante su vida participó además en otros periódicos como *El Mosaico*, *Los Debates*, *El Comercio*, *El Diario de Cundinamarca* y *La Opinión*, en los cuales escribió artículos sobre literatura, viajes y política. Trabajó intensamente sobre diversos temas. En 1862 publicó sus *Anales de la revolución de 1860*. Además en lo que se constituye en una completa fuente sobre los Estados Soberanos y las regiones aledañas, redactó por encargo del gobierno los *Anales políticos, sociales y económicos de la República del Ecuador, precedida de un resumen geográfico e histórico de la misma* (1853), *Geografía física y política del Distrito Federal* (1861), *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia* (1862), *Geografía física y política del Estado de Bolívar* (1868), otro tanto hizo con los Estados de Magdalena (1861), Panamá (1862), Cauca (1862) Santander (1863), Tolima (1863), Boyacá (1863), *Compendio de geografía universal: contiene la geografía particular de los Estados Unidos de Colombia* (1871), *Compendio de geografía elemental y prontuario del atlas colombiano* (1888) y *Geografía general del nuevo mundo y particular de cada uno de los países y colonias que lo componen* (1888). Escribió además un *Tratado de puntuación castellana* y su célebre *El doctrinarismo y la autoridad*. En 1877 fundó el diario *El Relator*, donde aparecerían publicadas buena parte de sus novelas.

La producción literaria de Felipe Pérez fue muy extensa. Además de las obras referidas a la historia del Perú, escribió una novela de tema indígena titulada *Los gigantes* (1875), ubicada momentos antes de la Independencia. Además produjo otro tipo de obras a las que buscó darles un fondo social con desarrollo de aventuras e intrigas como *Carlotta Corday* y *El caballero de Rauzán* (1887), que al igual que *Imina* (1881) tienen la particularidad de ubicarse en la historia y la geografía europeas. Escribió también *Sara*, novela dedicada a un hospicio en Bogotá, con la constante romántica de la muerte por amor. Varias novelas cortas fueron publicadas por entregas en los folletines de *El Relator*, entre las que se destacan *Los pecados sociales*, *El piloto de Huelva* y *Estela*.

Esta detallada relación de su vida tiene por objeto poner ante los ojos del lector una vida en la que se compartieron intereses múltiples en una actividad netamente política que destinó a Felipe Pérez tanto a la guerra como a los altos cargos de gobierno, tanto a la educación como a la prensa y a la literatura.

Para el siglo XIX colombiano, como para el resto de América Latina, la herencia española se constituyó en uno de los elementos más polémicos en cuanto a la perspectiva con la cual se miró el presente y la necesidad de proyectarse hacia el futuro. De la toma de posición ante el pasado americano y su relación con España, dependió en gran parte el concepto de nación con el que se buscó consolidar las propuestas tanto políticas y económicas, como educativas y culturales.

La actitud ante dicha herencia, con matices variados y a veces poco claros, fue un factor determinante de diferenciación entre los partidos políticos liberal y conservador, creados en 1846. En principio, se puede afirmar que los liberales se opusieron a la continuidad de la tradición promoviendo el cambio a partir del reconocimiento de los principios políticos, económicos y culturales ingleses y franceses. Por su parte, los conservadores afianzaron sus ideales en la tradición española buscando la permanencia de las instituciones culturales sustentada en los principios del catolicismo. La actitud de los partidos provino entonces de los grandes conflictos del siglo: el pasado y el presente, el federalismo y el centralismo, lo nacional y lo extranjero. Pertenecía pues Felipe Pérez a un período de consolidación de la nacionalidad en la que su propuesta liberal lo condujo a un proyecto novelesco.

La expresión literaria que participó de manera más activa en este proceso es la novela histórica. La proliferación de obras permite suponer la necesidad de crear una relación con el pasado, que si bien fue propia de la expresión romántica europea de la cual provino, se adecuó particularmente a las necesidades culturales del período posterior a la Independencia.

Por otra parte, la función del pasado en la construcción de la nacionalidad fue uno de los objetivos que socialmente buscó la literatura del siglo XIX colombiano. Así, la novela histórica intentó crear o participar en la consolidación de un imaginario colectivo, a la vez que se sintió portadora de las ideas de dicha colectividad. Me refiero al imaginario como un sistema de representaciones por medio de las cuales una sociedad se explica a sí misma² y la novela como parte de él. Los textos fueron elaborados para que los lectores construyeran a partir de las obras una imagen particular del pasado tanto indígena como colonial. Con su contribución al imaginario colectivo, la novela consolidó su papel social. Participe del pensamiento romántico, asumió la preocupación constante por la influencia de la literatura en la sociedad, apoyada en dos de sus grandes preocupaciones, la instrucción y lo popular. La literatura fue utilizada por los liberales como herramienta apropiada para educar al pueblo.

La novela participó, pues, en el imaginario que conformó el espíritu nacional, a partir de la creación de una propuesta sobre el pasado indígena, de la Conquista y de la Colonia. Ella se constituyó en uno de los elementos fundamentales de las sociedades letradas para la formación y consolidación de la nacionalidad y para la difusión y defensa de sus proyectos ideológicos y políticos³.

En la primera mitad del siglo XIX se estableció entonces por parte de un grupo de escritores la relación indisoluble entre literatura, imagi-

2. Fernando Ainsa, "La nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico", en *Revista Casa de las Américas*, n° 202, La Habana, enero-marzo 1990, p. 15.

3. "El ejercicio de la literatura apunta a la construcción social de sentido antes que a la transmisión de mensajes acerca del mundo ... sin perder el sentido de la acción social". Gabrielle Spiegel, en François Perus (comp.), *Literatura e historia*, Instituto de Mora, México, 1994, p. 127.

nario, nación y liberalismo. El imaginario se representó como forma de expresión presente en la obra: la novela histórica como el vehículo narrativo adecuado para la representación de un modelo nacional, mediado por la representación del pasado histórico. La novela fue una de las estrategias fundamentales de los neogranadinos para la construcción de imaginarios nacionales que requirieron la rearticulación de la experiencia histórica nacional. Imaginar el pasado se convirtió, en cierta medida, en la manera de reconstruir la historia y darle un sentido particular.

Felipe Pérez⁴ participó en este proceso con sus cuatro novelas históricas que se refieren al pasado incaico y de la Conquista: *Huayna Capac* (1856), *Atahualpa* (1856), *Los Pizarros* (1857) y *Jilma* (1858). Es inevitable para la construcción de nuestro pasado literario y su relación con la política inferir cómo la literatura participó en la construcción de una mirada sobre la presencia de los españoles en América y la manera como se proyectó en el presente del escritor neogranadino.

La respuesta que exige esta preocupación es el trabajo que el lector tendrá a continuación. Las tres partes: la temporalidad histórica en el tiempo de las novelas, la novela histórica y su valoración como género desde otros discursos, y la absorción del discurso de la historia, se consideraron fundamentales para reconstruir el papel social de las novelas sobre el pasado indígena y de conquista en las obras de Felipe Pérez.

2. Algunas consideraciones sobre la literatura contemporánea

Desde su juventud Felipe Pérez mostró gran interés por la política: perteneció al Partido Liberal de los Gólgotas, agrupados como conse-

4. Afirma Concha Meléndez en la introducción a su trabajo, quizá el más completo estudio sobre novela indianista en Hispanoamérica: “Tampoco estudiamos las obras del colombiano Felipe Pérez (1836-1891), *Atahualpa* y *Los Pizarros*, ‘narraciones del género novelesco’ según el crítico Gómez Restrepo. No logramos ver ejemplares de ellas a pesar de las gestiones que al respecto hizo el erudito académico doctor Eduardo Posada. Inconveniente deplorable si consideramos que las narraciones de Felipe Pérez seguramente aportarían valiosos detalles sobre la tradición incaica en la novela”. Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961, p. 15.

cuencia de la consolidación de los partidos políticos en el año 1849, en torno a las propuestas liberales que buscaron “la redención de los pueblos”⁵. Participó en las tensiones entre la educación privada y la pública y religiosa, la tradición y el cambio, entre lo nacional y lo extranjero, a la vez que en la decisión de conservar o destruir los elementos constitutivos del régimen colonial, lo que implicó la permanencia del régimen centralizado o la opción por la organización federal. Tanto los grupos liberales como conservadores se debatieron ante la necesidad de pensar la construcción de la nacionalidad.

Compartir las ideas del liberalismo le permitió a Felipe Pérez participar en la revolución que ya se había llevado a cabo en Europa por parte del romanticismo, que en una de sus múltiples facetas reivindicaba la importancia del pueblo. Participó en los orígenes del movimiento, en los que se reconocía una fuente espontánea, la vida misma, y otra elaborada, el modelo de otro lugar, actitud ésta que varios años atrás había encontrado sus vertientes más extremas en la polémica establecida por Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento y José Victorino Lastarria en Chile, en la que se puso en juego la originalidad en el uso de la lengua y la relación con la tradición española y europea.

El romanticismo europeo fue un movimiento que se adecuó a las necesidades de los escritores latinoamericanos no sólo por el caudal político que ofrecía sino por su interés en reaccionar ante las normas, la búsqueda de un lenguaje propio y la comunicación de una problemática vital. La exaltación del yo, el nacionalismo —apuntado por los autores latinoamericanos como la naciente conciencia de la unidad del continente—, el retorno a la naturaleza vista desde el plano realista, el intimismo, lo pintoresco y lo exótico con la moneda puesta al revés, la revalorización de lo popular⁶, fueron las respuestas americanas a la identificación con las formas europeas.

Los románticos latinoamericanos expresaron su intención de independencia política, filosófica y literaria como parte del espíritu del

5. Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, Tercer Mundo, Bogotá, 1970, p. 53.

6. Mirta Yáñez, *La novela romántica latinoamericana*, Casa de las Américas, Serie Valoración Múltiple, Cuba, 1978, p. 17.

siglo, como lo expresó por primera vez el argentino Esteban Echeverría. Aun así, en casos como el de la Nueva Granada la fuerza de la educación católica y los hábitos culturales del pasado no les permitieron desprenderse, como quizá hubieran deseado, de la tradición hispánica. Pedro Henríquez Ureña refiriéndose al romanticismo latinoamericano afirmó: “Nunca fueron rebeldes, pese a algunos ecos descarriados de Byron o de Espronceda; estrechos lazos los ligaban a la tierra y a la familia y a las costumbres tradicionales, y jamás llegaron a ser revolucionariamente individualistas”⁷.

Independencia, originalidad y representatividad fueron los tres elementos que condujeron la literatura romántica latinoamericana⁸. Búsqueda de independencia de las letras españolas y portuguesas que muchas veces se convirtió en fallido anhelo, y que condujo a la dependencia, en varias oportunidades sin crítica, de las literaturas francesa e inglesa en un afán internacionalista, pero que también permitió la creación de obras con carácter propio como *María* (1867) de Jorge Isaacs. Originalidad que, a partir de lo anterior, se consideró posible, asumida a partir de la representatividad de la región de la cual surgía, marcando la diferencia con la realidad española, y que expresó además la diferencia con lo que se visualizó como único modelo de progreso, el mundo europeo. A partir de estos tres elementos, la literatura se convirtió en uno de los instrumentos más apropiados para fraguar la nacionalidad.

La literatura demostró su utilidad para la vida pública durante las guerras de independencia, la que conservó posteriormente al mantener las funciones públicas algunas veces al lado de la justicia social o al menos de la organización contra las fuerzas del orden. El romanticismo americano se distinguió por su interés en realizar la conquista literaria de la naturaleza como emoción estética de lo nacional.

Es notoria la abundancia de novelas que desde 1830 participaron de las características de la novela romántica europea. Algunos ejem-

7. Pedro Henríquez Ureña, “Romanticismo y anarquía”, en Mirta Yáñez, *op. cit.*, p. 33.

8. Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, Siglo XXI, México, 1982, p. 11.

plos de novela histórica son *Guatimozín* (1846) de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *La novia del hereje* de Vicente Fidel López (1854); de novela sentimental, *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre y *María* (1867) de Jorge Isaacs; de novela social, *Sab* (1841) de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *Cecilia Valdés* (1879) de Cirilo Villaverde; de novela política, *Amalia* (1851) de José Mármol; de novela costumbrista, *El hombre en situación* (1861) Manuel Payno y *La aritmética en el amor* (1860) de Alberto Blest Gana; de novela de ensayo, *Civilización y barbarie, vida de Juan Facundo Quiroga* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento.

La novela histórica tuvo estrechos lazos con el romanticismo, considerado el movimiento literario y cultural dominante en Europa durante la primera mitad del siglo XIX, y en varias oportunidades se habla de dicha escritura como novela histórico romántica. El surgimiento del historicismo y su inevitable interés por la historia propiciaron la preocupación por leyendas y tradiciones, la búsqueda de raíces de lo nacional en el pasado, la concepción orgánica de las sociedades (civilizaciones que nacen, crecen y mueren) y la noción de la ruptura del héroe con la sociedad⁹. *Jicoténcal* (1826), que trató sobre la conquista de México, fue la primera novela histórica latinoamericana que surgió, al igual que las obras que le continuaron, de la curiosa confluencia de la tradición que dejara la crónica de la Conquista y el ejemplo de la novela histórica y folletinesca europea.

Si bien Walter Scott fue el autor europeo por excelencia en el desarrollo de la novela histórica, y su influencia se dejó sentir en la literatura latinoamericana, para los escritores neogranadinos adquirieron gran importancia —en particular en los grupos liberales y en sus reproducciones en prensa—, las lecturas de Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Eugenio Sue y Chateaubriand, este último de gran recepción e influencia en la producción literaria hasta casi finalizar el siglo. Participaron también de la idealización romántica del hombre primitivo, sustentada en el plano filosófico por Rousseau y en el literario por Voltaire, Saint-Pierre y Chateaubriand.

9. Fernando Unzueta, *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, Latinoamérica Editores, Lima/Berkeley, 1996, p. 52.

Es fundamental señalar la relación que estableció la novela histórica con el pasado indígena. Fue amplia la producción de la novela indianista durante el siglo XIX: “Todas las novelas en que los indios y sus tradiciones son tratados con simpatía. Gradaciones que van desde una mera emoción exotista hasta un exaltado sentimiento de reivindicación social pasando por matices religiosos, patrióticos o solo pintorescos y sentimentales”. Los escritores trataron algunos temas en los cuales utilizaron las propuestas de la novela romántica y que por su mirada hacia el pasado señalaron frecuentemente su carácter histórico: historia de la Conquista; rechazo al mundo español y evocación de personajes indígenas como ejemplo cívico, y la exaltación del amor. Eran comunes características como la idealización romántica del indio y la queja social, el indio guerrero y la heroína apasionada, personajes como el misionero y el conquistador, pintoresco en las costumbres, mitos y supersticiones¹⁰. Una enumeración extensa de las novelas indianistas fue realizada por Concha Meléndez, obra en la cual también se encuentran una amplia cronología del período comprendido entre 1832 y 1889¹¹.

La literatura de la Independencia reforzó el carácter civil de las obras y en su reacción contra España los autores recurrieron a la tradición indígena, principalmente al incario y al optimismo acerca del futuro de América. Esa fascinación por el incario se vio en Simón Bolívar, en José María Olmedo, en Andrés Bello, en José María de Heredia y en José Eusebio Caro. En 1839 escribió *Gonzalo Pizarro* el peruano Manuel Asencio Segura, y anterior a 1836, en folletín, publicó el uruguayo Manuel Lucencio Acosta *La guerra civil entre los incas*. A esta tradición de escribir sobre los incas contribuyeron las obras de Felipe Pérez sobre la conquista del Perú.

Por otra parte, la obra de Pérez compartió en la Confederación Neogranadina el interés por el tema indígena que había sido inaugurado por Juan José Nieto en su novela *Ingermina o la hija de Calamar* (1844), y del que también participaría *El último rey de los muiscas* (1864) de Jesús Silvestre Rozo. La novela *Los gigantes*, del propio Pérez es

10. Concha Meléndez divide la novela indianista en novelas históricas, novelas poemáticas y novelas indianistas de reivindicación social.

11. Concha Meléndez, *op. cit.*, pp. 193-195.

también considerada indianista, por la aparición del chibcha como figura legendaria y central. Durante el siglo se produjeron variedad de obras históricas. También referente a la Conquista se publicaron obras como *Un hidalgo conquistador* (1880), de Soledad Acosta de Samper, sobre Alonso de Ojeda. Es importante señalar que durante el siglo XIX más que novelas de tipo indianista y de conquista, proliferaron novelas sobre la sociedad colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII, lo cual quizá estaba más acorde con el carácter costumbrista de la novela en dicho período. Se encuentran obras como *El oidor* (1850) de José Antonio de Plaza, *Don Álvaro* (1891) y *Juana la bruja* (1894) de José Caicedo Rojas. También se produjeron obras sobre la época de la Independencia, entre las que se pueden resaltar *Sombras y misterios, o los embozados* (1859) de Bernardino Torres Torrente, *Pioquinta o el valle de Tenza* (1873) de Eugenio Díaz Castro, *El alférez real* (1886) de Eustaquio Palacios, *Policarpa* (1890) y *Galán el comunero* (1891) de Constancio Franco. Algunas novelas históricas no fueron de tema americano, como *Los moriscos* (1845), también de Juan José Nieto, y *Las dos reinas de Chipre* (1878) de Soledad Acosta de Samper¹².

La literatura se constituyó, entonces, en un elemento fundamental de las sociedades letradas, para la formación y la consolidación de la nacionalidad. Felipe Pérez participó en la propuesta romántica que en su vertiente histórica y en la preocupación por el pasado indígena construyó una serie de cuatro obras que, al contribuir al interés particular de consolidar un sentimiento nacional, se cuestionó sobre el pasado indígena y de la Conquista, en un interés amplio por colaborar con la mirada que sobre el mundo español producía la literatura y el propósito que así asumía ante sus lectores. Fue ésta la función social de la que participaba la literatura. A este aporte de la narrativa de Felipe Pérez y a su análisis, en el que dialogan la mirada de la literatura y de la historia, invito al lector a ingresar a continuación.

12. En el caso de la novela del siglo XIX colombiano no se ha realizado todavía un inventario detallado y completo de las obras históricas, publicadas tanto en libros como en prensa. Trabajo inicial es el de Donald Mc Grady ampliando el estudio realizado por Antonio Curcio Altamar.

